

posee asimismo un buen número de rasgos dialectales propios.

El libro concluye con 40 mapas léxicos de carácter analítico, varios apéndices (informantes, localidades, cuestionario, signos fonéticos) y la bibliografía. Se trata, en suma, de una excelente obra de dialectología que, sin abandonar del todo los métodos comprobadamente buenos de la geografía lingüística llamada tradicional, obtiene también magníficos resultados al aplicar sistemas novedosos de investigación y de descripción, particularmente en el capítulo referente al vocabulario.

JOSÉ G. MORENO DE ALBA

Universidad Nacional Autónoma de México

ANTONIO GÓMEZ-MORIANA, *La subversion du discours rituel*. Éditions du Préambule, Longueuil-Québec, 1985; 167 pp.

En su nuevo libro Antonio Gómez-Moriana reúne cuatro artículos publicados anteriormente en diferentes revistas de Francia, Estados Unidos y Canadá, tres de ellos dedicados al *Lazarillo de Tormes* y uno al *Quijote*. Editados ahora bajo la égida de los estudios sociocríticos, manifiestan, con todo y las inevitables reitiraciones y traslapes característicos de este tipo de colecciones de textos escritos por etapas independientes, una indiscutible congruencia en la concepción y en los supuestos teóricos que alientan a ésta, una unidad indispensable para que una serie de artículos se constituyan libro. Los cuatro estudios están orientados hacia el texto literario correspondiente como a un discurso que se presta para un análisis interdisciplinario apoyado en un campo teórico diversificado pero homogéneo, que por la misma variedad de problemáticas propone un espacio de discusión y que, gracias a la unificación de principios, permite un campo de interacción, según las palabras del autor. Claro que de tal ambicioso proyecto de una interacción ideal entre lógica, lingüística, psicoanálisis, ciencias políticas, jurídicas y sociales, estudios literarios y teorías de comunicación, e incluso teorías científicas, se rescatan de hecho para un análisis concreto tan sólo algunos elementos que contribuyen a formular dichas disciplinas como espacios autónomos de investigación, a saber, aquellos que pertenecen al dominio de la semiótica enfocada hacia los estudios literarios. Desde la introducción Gómez-Moriana prevé la posibilidad de una metodología para incorporar la pragmática del discurso (disciplina semiótica) a la historia literaria. ¿Por qué esta necesidad? El autor demuestra su existencia real desde un principio y de modo convincente, al encarar de entrada uno de los problemas más arduos de la historia literaria española (y problema teórico también, por cierto), jamás resuelto definitivamente: el "yo" narrativo del *Lazarillo de Tormes*.

La ficción autobiográfica que posteriormente determinaría el discurso en primera persona de la novela picaresca es uno de los rasgos

originales que aportó el *Lazarillo* a la prosa castellana. El enigma genético ha dado muchos dolores de cabeza a la crítica y, como ya señalé, nunca pudo solucionarse satisfactoriamente. Es correcto que entre sus antecedentes se hubiesen mencionado *El asno de oro* de Apuleyo (entre otros, por Bataillon), el *Libro de buen amor* o las *Confesiones* de San Agustín (Jauss) —para tratar con justicia el asunto, recordemos que las *Metamorfosis* vieron la luz en versión castellana realizada por Diego López de Cortegana en una época inmediatamente anterior a la elaboración del *Lazarillo*¹. Pero aun tomando en cuenta el posible “influjo” de *El asno*, en cuanto motivación éste resulta un antecedente algo lejano (conceptualmente) y poco convincente para desembocar en una autobiografía de orientación “realista”, ideada además por un personaje de tan poca valía como es Lázaro, dentro de una tradición literaria poco acostumbrada a este tipo de protagonista. Las *Metamorfosis* se desarrollan en un ambiente fabuloso al que el lector no exigiría credibilidad, verismo cotidiano o verosimilitud demasiado directa. La autorrevisión de la conciencia de un santo quizás tendría mucho más que ver con la especie de confesión que es el discurso de Lázaro, pero el sujeto discursivo de las *Confesiones* no se presta para ser un correlato orgánico del sujeto de la novelita anónima. Las aportaciones tradicionales de la crítica, en el marco de los postulados de la ciencia comparada de la literatura, si bien valiosas y aun indispensables, en cierto modo quedan inermes ante la necesidad de explicar el eslabón inmediatamente precedente que impulsa el discurso autobiográfico del *Lazarillo*. Parece que en este caso las propuestas de la sociocrítica dan certeramente en el clavo: para conocer mejor la literatura resulta indispensable trascender, una vez más, el marco intrínseco de un texto y también el del conjunto de los textos que la historia de la literatura tuvo a bien admitir en el ámbito del devenir literario, y lanzarse a explorar otros universos discursivos, ampliando así la jurisdicción del dominio de las “influencias” y rebasando incluso las “intertextualidades” comprendidas *stricto sensu*. El enfoque es ahora desde la pragmática y la pragmalingüística, campo que, a pesar de su delimitación de origen (la semiótica), que otrora parecía o críptica o altamente abstracta, se revela ahora como dominio interdisciplinario.

En su libro Gómez-Moriana postula, a través de la pragmalingüística y adoptando las ideas de M. Foucault como fundamento epistemológico principal, la existencia de los actos comunicativos “rituales”, la vigencia de las formaciones discursivas como prácticas discursivas propias de un ambiente social determinado. En el caso que se estudia en las páginas de *La subversion du discours rituel* se trata de las prácticas confesionales de diversos tipos que eran pan de cada día en la sociedad española del XVI: en relación con el *Quijote*, se refiere a la evocación del

¹ Recordemos que el *Lazarillo*, publicado en 1554, parece ser escrito mucho antes de esta fecha (entre sus supuestos o posibles autores figuran, por ejemplo, Juan de Valdés, el jerónimo fray Juan de Ortega, Sebastián de Horozco y Diego Hurtado de Mendoza). La traducción de López de Cortegana es de 1513.

discurso judicial del tribunal del Santo Oficio, punto central del último estudio del libro.

A través de la totalidad temática que representan los primeros tres ensayos de su libro, Gómez-Moriana señala que la ficción del *Lazarillo* no ha de asociarse a la autobiografía como tal, como un ejercicio más o menos libre, sino que resulta ser parodia sumamente corrosiva del procedimiento discursivo de varias modalidades de confesión o escrutinio de la conciencia vigentes en la época de la Contrarreforma. Buscando un instrumental de análisis adecuado, propone acercarse a la dimensión discursiva del texto literario mediante los conceptos de *calco* y *préstamo* discursivos (por analogía con los términos empleados en lingüística), remitiendo parcialmente a la pragmática bajtiniana (ver *infra*) y a la *epistémé* de Foucault. Y llega a la conclusión: “Un discurso ritual, marcado por las reglas de su convención retórica, no puede ser una verdadera autobiografía, como una confesión auténtica se casa mal con un tribunal de justicia por destinatario”. En el aspecto del análisis textual, Gómez-Moriana considera que no hay una oposición de fondo entre el discurso del *Lazarillo* y el del *Buscón*, tratado éste por la crítica como la perfecta contraparte de la novelita anónima (por ejemplo, Rico). Tal posición de Gómez-Moriana involucra, por supuesto, el problema del género picaresco. Compartiendo *grosso modo* las premisas teóricas y los resultados de la labor sociocrítica, en este punto preciso se me plantea como un interrogante el hecho de que aparentemente los seguidores del *Lazarillo*, los fundadores de la picaresca, especialmente Alemán, no siguieron la línea que proponen Gómez-Moriana y E. Cros, quien trabajó asimismo al *Guzmán de Alfarache*; es decir, los contemporáneos no leyeron el *Lazarillo* como una confesión paródica y asumieron la ficción autobiográfica.

Luego Gómez-Moriana procede a desarmar el texto del *Lazarillo* para identificar los discursos que en él confluyen apuntando hacia la subversión de las prácticas discursivas concretas cuyo correlato lúdico es la novelita anónima. Los tópicos religiosos del *Lazarillo*, lejos de fungir como unidades deslexicalizadas por el uso, revelan una intencionalidad dirigida hacia la profanación del discurso eucarístico típico de la espiritualidad contrarreformista. Por otra parte, otro enigma que conlleva el “yo” autobiográfico del *Lazarillo* adjudicado a un personaje irrelevante—enigma ejemplificado en la pregunta de Américo Castro: “¿quién iba a reparar en aquella vida?”— se resuelve de manera razonable al reconstruir el circuito comunicativo que establece aquel “yo”. Esto es, al recrear al destinatario de este discurso según la imagen propia que el sujeto enunciador proyecta en función de sus expectativas de respuesta determinadas por la situación pragmática—la confesión, el escrutinio de la conciencia, la pesquisa inquisitorial— el analista detecta una gradación de estatuto en el destinatario: Dios (Jesucristo)—director de conciencia (confesor)—tribunal del Santo Oficio son referentes originales para el destinatario del discurso con el que juega el autor del *Lazarillo*, instancias que, irónicamente, muy bien “iban a reparar” en aquella mí-

sera vida, y que además estaban instituidas a propósito para tal actividad.

Así, siguiendo los estudios de E. Cros acerca de la picaresca de Quevedo², el autor habla de la usurpación carnavalesca del discurso oficial y de la inversión paródica que opera en el *Buscón* (según Cros) y en el *Lazarillo* (según Gómez-Moriana). Por cierto, ambos autores se sirven de los conceptos “carnavalescos” de M. Bajtín para completar su visión pragmadiscursiva de la literatura, pero por lo visto a su óptica escapan (juzgo por la bibliografía que manejan) los aspectos teóricos que el investigador ruso extiende hasta lo que él llama “problema de los géneros discursivos”³, aspectos que de hecho empalman con las premisas pragmlingüísticas y aun con la “arqueología del saber” de Foucault. La cuestión de las “fuentes” e “influencias” debería replantearse del siguiente modo: la literatura se alimenta, mucho más allá de los otros “textos” (recuérdese la “intertextualidad” mal digerida), de ideas, situaciones pragmáticas y problemas existenciales, procesados por la imaginación poética y llevados mediante determinados tipos de discurso reveladores de *ideologías* (los textos literarios, así, vienen a ser tan sólo una clase de discursos que suministran el material para la literatura), y los cuestiona, los discute, los subvierte, poniendo en juego no tan sólo el contenido de “temas”, “motivos” o incluso “estructuras” (y aun el mismo proceso de la escritura), sino también las modalidades formales (ideológicamente estructuradas) consagradas para la transmisión de aquellos contenidos en cada época determinada. De ahí que se establezca un diálogo permanente de cualquier texto con su tiempo, con sus problemas e incluso con su propia razón de ser maliciosamente planteada. Y de aquí podemos pasar directamente a Cervantes, objeto del último ensayo; éste estaba inicialmente planeado (en su versión publicada en *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 6, 1982) como una especie de respuesta a un artículo de Félix Martínez-Bonati (publicado a su vez en *Dispositio*, 1977) intitulado “Cervantes y las regiones de la imaginación”, en el cual se hace distinción entre la “intertextualidad” en cuanto evocación de otros “textos” por una parte, y las “regiones imaginativas” comprendidas como conjuntos complejos de imágenes con que Cervantes opera en sus obras. Gómez-Moriana retoma la idea de la evocación e intenta vincularla justamente con el enfoque fenomenológico idealista de Martínez-Bonati desde la pragmlingüística, cayendo en un cierto eclecticismo conceptual, en una confusión de principios epistemológicos en realidad opuestos. Martínez-Bonati, empezando por el

² *L'aristocrate et le carnaval de gueux. Étude sur le "Buscón" de Quevedo*, Centre d'Études Sociocritiques U.E.R.H., Université Paul Valéry, Montpellier, 1975; e *Ideología y genética textual. El caso del "Buscón"*, Cupsa, Madrid, 1980.

³ Gómez-Moriana, por ejemplo, se limita a evocar los siguientes textos bajtinianos: *Rabelais*, el del cronotopos y, por si acaso, *Dostoievski*. Los esenciales para la pragmática. “La palabra en la novela” y “Problemas de los géneros discursivos”, no se mencionan; en el último texto es donde se nota la proximidad de las ideas del filósofo ruso con las de Foucault.

rechazo de la reducción del *Quijote* al dualismo “lo ideal contra lo real” (objeción, muy válida por cierto, a las exégesis tradicionales), llega a la negación del “realismo” de Cervantes mediante el planteamiento de las “regiones estéticas” o “imaginativas”, entidades abstractas no equivalentes a los esquemas de los géneros literarios. Por su parte, Gómez-Moriana indaga el texto cervantino en busca de las huellas de otros *géneros discursivos*, cancelando así la cuestión del “realismo” ingenuamente planteada. Localiza ciertas marcas de otros discursos, por ejemplo, en el episodio de la quema de los libros, en el de la venta donde Don Quijote recibe la orden de caballería, en el de los galeotes, etc.; las marcas en las que Martínez-Bonati ve “principios de estilización”, Gómez-Moriana las traduce en la subversión de los códigos discursivos convencionales que funciona en este espacio dialógico que es el texto de la novela. En resumidas cuentas, en su cuarto ensayo Gómez-Moriana logra diseñar y explicar —valiéndose de la herramienta forjada por la pragmatolingüística, por la epistemología foucaultiana (según las pautas de la legitimación de un discurso: sujeto, objeto, circunstancia —¡lo mismo propone Bajtín!—), pero pasando por alto la teoría del enunciado de Bajtín, cuyo partidario se proclama y de quien rescata, sin embargo, sólo algunos de sus aportes, sin reparar en la integridad del cuadro teórico total— una metodología de análisis que permite inscribir un texto más allá de su orientación puramente literaria (el *Quijote* como un *Literaturroman*; lo es, *entre otras cosas*). Ubica el texto en la encrucijada de las prácticas discursivas de su época (recordando “la dificultad que entraña la lectura del texto fuera del ámbito de su producción”), las cuales en última instancia, no lo olvidemos, no están constituidas únicamente por el verbo, sino que son parte de las relaciones sociales y huella de la praxis social del hombre: lo específicamente humano por excelencia.

TATIANA BUBNOVA

Universidad Nacional Autónoma de México

FERNANDO DE ROJAS, *Celestina: tragicomedia de Calisto y Melibea*. Introd. y ed. crítica de Miguel Marciales. University of Illinois Press, Urbana-Chicago, 1985, 2 ts.: xxxii + 678 pp. (*Illinois Medieval monographs*, 1).

La publicación de este trabajo, casi legendario, como dicen Brian Dutton y Joseph Snow, quienes se encargaron de su edición después de la muerte de Miguel Marciales (1919-1980), resulta un homenaje al erudito colombiano y el rescate de una obra importantísima en los estudios celestinescos: una verdadera edición crítica. Esta obra fue publicada en dos tomos (I. Introducción y II. Edición crítica), realizados con sistemas de formación computarizados e impresos en papel sin ácido.

No deja de ser paradójico el que una de las obras más importantes